

¡Ya no la friegas, chilango!

Me dijeron que en esta colonia, la del Valle, es un buen lugar para empezar, así que tomo aire y me lanzo. Y sí, a lo que te truje Chenchu. Primero a un policía, ése es seguro. Al que encontré estaba comiendo en plena banquetta su atole con su torta de tamal. Tenía toda la cara embarrada. Mire usted, le dije, yo soy de fuera, de provincia, del Norte. Ah, sí, me contestó y qué se le ofrece. Pues nada, sólo quería hacérselo notar. Ta'bueno, me contestó dándole una mordida al pan y olvidándome. Me falló. Yo esperaba al menos que me sacara unos cincuenta pesos por lo que fuera. Ya hasta los traía apartados para dárselos. Me dirigí al metrobus. Dicen que a esta hora pico nadie se salva. A empujones entro, a empujones busco un sitio para estar de pie, a empujones me bajan en una estación que no era la que yo quería. A empujones vuelvo a subir a otro y ¡zas!, que alguien me mete la mano. Ya estuvo, me dije contento, pero no, mi cartera seguía en su sitio. Quién haya sido sólo quería darme un golpe. Me bajé. Tomé un taxi. El chofer, ya arrancado el coche me mira sonriendo, una sonrisa malévolá que sólo tienen los de acá, los de la capirucha. Seguro que ahora se detiene, se sube otro fulano, me tiran al piso, me exigen las tarjetas, vamos por toda la ciudad y casi desnudo me dejan en la periferia. Pero no se detenía. Le mostré mis tarjetas, traía de la Dorada, de la Azul, de todas. Le dije que si podía pagarle con ellas. Dio un enfrenón. Dejé de respirar pues había sucedido lo que venía buscando. Pero no, se paró frente a un cajero automático para que yo sacara dinero. Le pedí que me llevara a la colonia Buenos Aires. Me dejó en medio de ella. Con el corazón brincando desafortadamente caminé una cuadra, dos, tres...y nada. Me subí la manga

para enseñar mi Rolex, un Rolex chino pero que da el gatazo. Y nada. Me cansé de caminar. Un fulano me gritó que si no quería un mofle por lo de los gases. Le menté la madre y él sólo se rió. Tomé fuerzas y me fui a...Sí, adivinaron. A Tepito. Mi miedo creció pues aquí no sólo te roban sino que hasta te pueden herir o matar. Pero tenía que hacerlo y lo hice. Conforme caminaba entre puestos me ofrecieron de todo, que coca, que de la verde, que pastillas. Una inocente niña tenía un puesto de CDs piratas. Me acerqué a comprarle alguno para ayudarla, se veía tan tierna. Tengo de hombres, de mujeres y de niños, me dijo, de cuáles quiere, todos son XXX y tienen garantía. Por ayudarla, que conste, le compré tres. De una vecindad salieron corriendo tres chavos, de esos de pelos en punta, tatuados. Los tres se dirigieron a mí. Me puse a temblar pero aguanté como los machos nortños aguantamos, de pie. Querían llevarme a un bule o de perdis venderme unos whiskys o cognaques. Dije que no. Se fueron. Ya de noche caminé de un lugar a otro, donde veía grupos me acercaba con la esperanza que me asaltaran. Pero nada de nada. ¡Esto no es posible! ¡Ya no la fiegan, chilangos! Yo aposté en mi tierra que sí me atrevía a venir a D.F. y que de regreso les iba a contar como fue mi asalto. ¿Ahora qué les voy a decir? No, de plano, en ustedes no se puede confiar.

Tomás Urtusástegui.

2005